

# Históricas Digital

James Creelman

*Díaz, jerarca de México*

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

# XIV

## DÍAZ ES CAPTURADO Y ESCAPA

Conforme el ejército francés y sus aliados mexicanos renegados avanzaban hacia la infortunada ciudad de Puebla, el general Zaragoza, quien había derrotado a las tropas de De Lorencez, murió de tifo y el general Ortega lo sucedió a la cabeza de las fuerzas republicanas.

El general Díaz estuvo al mando de la segunda brigada de la división del general Berriozábal, en el pequeño ejército mexicano de 16000 hombres, de quienes dependía la defensa de la bella Puebla.

Apenas se habían dividido los franceses en dos columnas y comenzado a cercar la ciudad, cuando Díaz, siempre inquieto por la batalla, y con la firme convicción de que el que pega primero, pega dos veces, instó a Ortega a llevar a cabo un ataque repentino mientras el enemigo estaba separado y absorto en la contramarcha de las maniobras para sitiar. Desafortunadamente hicieron caso omiso de su sugerencia y, el 19 de marzo de 1863, Puebla quedó rodeada por completo. Al día siguiente con la llegada de las baterías francesas, dio inicio el famoso sitio.

A través de los cónsules extranjeros, los mexicanos exhortaron a los franceses para que le evitaran a las mujeres y niños de Puebla los horrores del bombardeo y el sitio, permitiéndoles abandonar la

ciudad, pero los invasores declinaron con frialdad acceder a este acto de clemencia.

Antes de completar las líneas sitiadoras, al general Díaz se le acercó el teniente coronel Manuel González, uno de los más valientes entre los antiguos combatientes conservadores, el mismo oficial que había tratado de capturar a Díaz en una de sus salidas más desesperadas de Oaxaca. González fue más tarde presidente de México; había luchado con gran valor en el bando conservador mientras la lucha fue entre mexicanos. Sin embargo, con los ríos de bayonetas extranjeras que se volcaron alrededor de una de las más nobles ciudades de su país, y con un ejército mexicano al que convocaron para que diera batalla a una fuerza invasora que lo doblaba en número, González chocó los talones, levantó la cabeza, saludó y viendo a su ex enemigo a los ojos, dijo:

He solicitado de usted varias veces y por varios conductos, que me ayudara a conseguir un lugar en las filas del Ejército Mexicano con mi carácter de teniente coronel. Usted se ha negado a ayudarme en ese trabajo o no ha podido conseguirlo del Gobierno; pero ahora que ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque el enemigo está muy próximo a atacar esta plaza, vengo a pedirle a usted otra cosa muy distinta: un lugar en sus filas y un fusil. Piense que, como usted, yo también soy mexicano y reclamo el honor de morir por mi país.

Esta simple petición, que hizo un soldado de ese tipo en un momento como ése, conmovió a Díaz profundamente. Tomando la mano de González, le prometió darle la ocasión de servir a México; pronto cumplió su palabra ya que puso a González al frente de una compañía para que encabezara el ataque sobre una posición francesa aislada, en presencia del general Ortega, y después se lo presentó a este último, quien lo nombró coronel. Diecisiete años después, Díaz hizo a González presidente de México.

Al comenzar el sitio, los cañones de Forey destruyeron una parte del fuerte de San Javier y el francés hizo una carga, pero, aunque llegaron

al foso, los mexicanos los rechazaron. El fuego de los cañones franceses era tan continuo que la destrucción causada en el fuerte imposibilitó la defensa. Los dos batallones mexicanos que defendían el cerro de San Javier se opusieron al avance de los franceses palmo a palmo, pero el 29 de marzo cuatro fuertes columnas hicieron retroceder a la pequeña fuerza mexicana, que perdió a 500 hombres entre muertos y heridos, y tres cañones. Los franceses se posesionaron del fuerte, pero los mexicanos siguieron con una tenaz resistencia desde la parte posterior de la plaza de toros cercana.

Luego vino el espantoso combate en las calles. Los mexicanos luchaban casa por casa y como el fuego de los cañones desmoronaba sus débiles refugios, se retiraban sin dejar de luchar. En medio de este escenario de carnicería, el general Díaz descollaba entre sus compatriotas tan luchadores. Durante más de dos días se sostuvo contra los franceses, aun cuando la batalla se convirtió en un combate cuerpo a cuerpo, y por fin rechazó a una numerosa columna francesa.

La furia de esos dos días de sangriento forcejeo en las calles de Puebla, y el valor mostrado por los mexicanos, cuyo número era mucho menor que el de los soldados escogidos a las órdenes de oficiales experimentados, fue reconocida con franqueza por el capitán Niox, uno de los ayudantes del general Forey, quien escribiría: "Cuando un edificio quedaba en ruinas, las defendían. Después tomaban otra posición más atrás y se defendían de la misma manera. Por lo tanto, cada avance lo hacían entre las minas que saltaban y sobre las ruinas manchadas de sangre, llenas de cadáveres quemados por el fuego de los cañones."

Los acontecimientos en la vida de Díaz han sido conmovedores en sí mismos, aventuras emocionantes y pintorescas que se sucedían con una rapidez casi increíble; pero es el gobierno prolongado e inamovible sobre un pueblo semiendurecido a causa de la alternancia de opresiones y revoluciones, que le dieron un prestigio extraordinario, casi misterioso, entre las figuras nobles y heroicas de la historia moderna. Este reconocimiento mundial de su altura de miras y fuerza como estadista es lo que hace fascinantes las primeras hazañas que fijaron su nombre en el corazón de su pueblo. Algunas veces en su vida se pueden observar

UNAM - IIH

atisbos de un sentimiento delicadamente poético; también se revelan pasiones tan violentas como un horno que arde. Parece un muchacho romántico, entusiasmado por la aventura; se desplaza por el torbellino rojo de la guerra, como hombre de hierro, con un corazón de fuego. Es todo gentileza, clemencia, sagacidad, perdón para sus enemigos, inspira paz y en su vejez blanca trabaja sin descanso ni quejas por la regeneración cívica y la seguridad de su pueblo.

Ha relatado algo de su participación en el sitio de Puebla:

En la noche del 1° de abril de 1863, recibí orden para mover mi brigada de la plaza de San José, uno de los lugares destinados a las reservas, para ir a ocupar la línea de manzanas que había frente al enemigo, situadas de sur a norte, y que se encontraban en esos momentos ocupadas por la brigada que mandaba el general don Mariano Escobedo. La línea de edificios comenzaba por el sur con el Convento de San Agustín, seguía para el norte la del hospicio y terminaba en la Merced.

Ocupé toda la noche en recorrer la serie de manzanas que se me encomendaron para dar colocación en ellas a las tropas que debían defenderlas, lo mismo que a las trincheras que le servían de pasaje, para ligarlas entre sí. Derribé los muros donde me pareció conveniente para poner a mi línea en mejor estado de defensa. Por fortuna no fui atacado durante todo el día siguiente, y lo aproveché para reforzar las fortificaciones, usando de todos los brazos disponibles.

Cuando el general Díaz relevó al general Escobedo, quedó incluido en su línea de defensa del hospicio, que había sido capturado por los franceses. Escobedo le había ordenado no tratar de recuperarlo en ese momento, sino tomar posesión de todas las casas contiguas que seguían en control de los mexicanos.

Como a las seis de la tarde comencé a sentir trabajos de zapa —continúa el presidente Díaz—. Al principio me parecieron claramente

subterráneos los golpes y que procedían de la manzana del hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa conocida con el nombre de cuartel de San Marcos. Sin embargo, me equivoqué y a poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del hospicio para sacar por ellas las bocas de los cañones y batirme en brecha el Cuartel de San Marcos. Me situé desde luego en esa casa, reforcé hasta donde era posible las obras de defensa de los puestos que daban a ese frente y coloqué tropa dispuesta a defender los balcones.

El ataque comenzó pronto. A las ocho de la noche el fuego de una batería destruyó una tienda de abarrotes que quedaba a la derecha del zaguán, pero el techo de la tienda era de bóveda muy sólida y por ese motivo no cayó, como esperaban los franceses. Durante el cañoneo un petardo explotó en la puerta del zaguán, que previamente había yo reforzado por dentro con las baldosas del patio y con un gran hacinamiento de tierra. Debido a este esfuerzo, el petardo no causó efecto alguno sobre la puerta y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda. El asalto fue resistido enérgicamente durante más de dos horas.

Hubo un instante solemne en que el ímpetu de la carga de los franceses en el patio de la casa desmoralizó a mis soldados que llegaron a huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar no permitió que se retiraran todos.

En esos momentos disparé contra los franceses un obús que tenía en el patio, apuntado para el zaguán, entre los franceses y la descarga los desmoralizó al grado de que abandonaron el patio que ya ocupaban y se replegaron al zaguán.

Entre los soldados que huyeron del patio, se comprendió el pelotón que servía el obús, quedando solamente el cabo. Entre él y yo cargamos de nuevo la pieza, cuando se adelantó sobre nosotros un zuavo que probablemente habría matado al cabo, si yo no salgo a su defensa. Saqué al efecto mi pistola; pero era tan mala que se me desarmó y me quedé con el puño en la mano. Arrojé el puño de la pistola al pecho del zuavo y me adelanté sobre él, pero sintiendo

un golpe se creyó sin duda herido, porque había muchos disparos en esos momentos y regresó al zaguán.

Esto reanimó a mis soldados que habían huido y muchos de ellos regresaron a su puesto y parapetados tras de una fuente que se hallaba en el centro del patio se defendieron con ella e hicieron fuego vivo sobre el zaguán, en donde había yo hecho una excavación para reforzar, y esa excavación servía de trinchera a los franceses. Entonces mandé al teniente José Guillermo Carbó que subiera al corredor del segundo piso de la casa para atacar desde allí a los franceses. Como los fuegos de Carbó fueron tan eficaces, muy poco resistieron allí los franceses, que se replegaron a sus posiciones.

Como a las diez y media de la noche todo había concluido en la manzana de San Agustín, después de catorce horas y media de lucha continua. Una vez que el enemigo volvió a sus posiciones, salí con la tropa suficiente a cerrar la brecha que había abierto la artillería enemiga y a establecer allí la defensa, obra costosa para nosotros, porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería; pero al fin la terminamos.

Esa misma noche los franceses, en su intenso deseo de penetrar en la ciudad, atacaron otra parte de la línea de defensa de Díaz, utilizando los mismos métodos. Su artillería abrió una brecha en un muro, su infantería entró a toda prisa y ocupó el primer patio de una casa y luchó ferozmente para arrebatarle el segundo patio a los mexicanos. A pesar de su terrible lucha de catorce horas y media en San Marcos, Díaz se encontró de inmediato en lo más reñido de la nueva lucha nocturna.

Llegué en los momentos en que se perdía el primer patio —dice— y, ayudado por el licenciado don Miguel Castellanos Sánchez, atravesé un mostrador viejo de madera a la entrada del segundo patio, que estaba resguardado con algunos otros escombros y coloqué allí a los soldados para que lo defendieran. El callejón que formaba el segundo patio fue defendido con heroicidad, quedando dos pelotones de nuestros zapadores en algunas de las piezas del primer patio, y se

defendieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses, lo mismo que algunas de sus piezas. Mandé perforar los muros para comunicarme con los zapadores que habían quedado aislados en las piezas y para proveerlos de municiones. Practicada esa operación y contando ya con el concurso de los soldados aislados, logré arrojar a los zuavos a la calle, cubriendo en seguida la brecha por donde habían entrado. Toda esta operación acabó al amanecer del 3 de abril de 1863, y en ella se hizo notable por su valor temerario el licenciado don Miguel Castellanos Sánchez.

Noche y día la encarnizada batalla se libró en las calles de Puebla, por las cuales había muertos y agonizantes desparramados. El estruendo de la artillería en las estrechas calzadas, el retumbar de los obuses, el resplandor de los fusiles, la caída de los muros destrozados por los cañones, los gritos feroces de los soldados franceses y mexicanos cuando cargaban unos contra otros o se disputaban las ruinas humeantes centímetro a centímetro, continuaban sin cesar.

Una y otra vez Díaz se distinguió por su valentía personal e inteligencia para el combate. Al amanecer del 3 de abril llevaba peleando unas veinte horas seguidas y había mantenido intacta su línea. A las nueve de esa misma mañana, el cañón de los franceses abrió una brecha en los muros de parte de su posición que, no obstante, defendió con éxito. Luego dos compañías de zuavos se lanzaron por la brecha de la manzana de San Marcos, que había sido atacada y reparada la noche anterior. La entrada por el zaguán la defendieron desde el patio y obligaron al enemigo a concentrarse en la tienda demolida que estaba al lado. Pero el general Díaz lo había alistado para la segunda aparición de los franceses en ese lugar. En la noche ordenó que hicieran diez perforaciones en el techo abovedado y colocó a un soldado en cada una. De pronto lanzaron cuarenta granadas entre los zuavos y cuando desapareció el humo y el polvo, descubrieron que ya se habían retirado, dejando a sus muertos y heridos entre las ruinas.

Una vez más, el 5 de abril, los franceses hicieron un intento vigoroso de abrir brecha en la manzana de San Marcos, pero Díaz los volvió a

rechazar, capturando al capitán Galland y a treinta zuavos heridos que quedaron atrapados en el patio cuando sus compañeros se retiraron.

Los terrores del sitio empeoraban diariamente. Los alimentos escaseaban, los soldados empezaban a mostrar señales de agotamiento. La labor de colocar minas y de zapa y la lucha de casa en casa avanzaban en todas direcciones. Los hombres, mujeres y niños comenzaron a pedir alimentos. En las muchísimas iglesias majestuosas, desde cuyos altares habían excomulgado solemnemente al ejército republicano, los sacerdotes y sus partidarios aguardaban temblorosos el resultado de la alarmante experiencia de fuego y sangre.

A lo lejos, más allá de los volcanes nevados apagados que se levantaban en la llanura donde Cortés sacrificara a los sacerdotes y nobles de Cholula, el presidente Juárez y el Congreso republicano de la ciudad de México buscaban ansiosos las noticias del sitio.

En el camino entre la atribulada Puebla y la capital estaba el expresidente Comonfort, quien una vez más servía a la causa republicana, al mando de 6 000 reclutas mexicanos. Fue apenas en la noche del 13 de abril cuando O'Horan logró que a través de las líneas francesas pasaran las noticias para el gobierno de Juárez, comunicándole que los defensores de la ciudad sitiada estaban escasos de municiones y se acercaban de prisa a la inanición.

No obstante, a pesar de este terrible peligro, Juárez parecía no cejar en su fe de triunfo y el 22 de abril escribió a Montluc, su cónsul general en París:

He comprendido a la perfección que sólo la fuerza armada hará que el emperador vuelva sobre sus pasos y se percate de la insensatez de su empresa, puesto que se ha obstinado en no entender la voz de la verdad y de la razón. Al comprender el peligro inminente que amenaza a la nacionalidad mexicana, el gobierno preparará todos los medios de defensa que tiene a su disposición.

La confianza del presidente indígena era enorme y bella, pero no podía ayudar a los hombres que semana tras semana luchaban por su

vida y por la existencia de la república, dentro del anillo de fuego y acero que los franceses trazaron alrededor de Puebla. “El hombre de la levita negra” podía hacer que los muros del palacio nacional retumbaran con frases nobles y a veces hacía callar al Congreso parlanchín intimidado por su calma, y Comonfort podía hacer el reconocimiento del terreno y maniobrar en el camino a Puebla con sus 6000 patriotas, pero el grito de auxilio del general Ortega, que atravesó las líneas sitiadoras, no encontró una respuesta efectiva.

A medida que los mexicanos se debilitaban más por la falta de comida, los franceses ejercían mayor presión en la batalla. El ataque a la línea suroeste se acrecentó y se generalizó, prolongándose y concentrándose el fuego de artillería. El 25 de abril, el general Díaz se vio obligado a enfrentarse a un terrible asalto en el fuerte del convento de Santa Inés.

En este ataque al fuerte de Santa Inés, los franceses lanzaron más de mil obuses contra los muros del antiguo convento donde el general Díaz volvió a conseguir la gloria para los mexicanos.

Al despuntar el día, el enemigo abrió un prolongado cañoneo en toda esa parte de Puebla. El asalto contra Santa Inés comenzó desde el Mesón de la Reja, edificio que los franceses le habían quitado unos días antes a la fuerza mexicana comandada por Sánchez Román. Al otro lado de la calle estaba situado el edificio de una sola planta de San Agustín, que daba al Mesón de la Reja, pero un jardín y un muro bajo lo separaban de la calle. La estructura de San Agustín tenía una serie de piezas bajas, cuyas azoteas eran barridas por el fuego francés procedente del Mesón.

En San Agustín, Díaz se colocó con los batallones de Oaxaca y de Jalisco. El rostro del héroe oaxaqueño estaba negro por el humo de la pólvora y el polvo cubría su uniforme. En la penumbra mañanera, los franceses habían minado los muros exteriores de Santa Inés, junto a San Agustín, y cuando explotaron las minas, los muros cayeron. Sobre las ruinas, los mexicanos lanzaron el fuego de ocho cañones y los franceses contestaron con una fuerte batería. El aire se llenó con el silbido de los proyectiles y todo el vecindario se estremeció con las explosiones. Cuando las columnas francesas se fueron a la carga para ocupar Santa Inés,

el fuego de los hombres de Díaz que estaban en las trincheras de la calle resultó mortífero. Los soldados franceses se arrastraban pecho a tierra para ver qué daños habían causado y los acribillaban cuando aparecían. Muchas veces los grupos de zuavos retrocedieron tambaleantes, sólo para volver a precipitarse al frente con vítores. La sangre corría por la calle y los muertos y heridos la obstruían; pero los mexicanos mantuvieron su resistencia a pesar de la embestida de los zuavos en la calle y del fuego constante de los fusileros franceses en los balcones del Mesón de la Reja.

De pronto dos columnas de zuavos se acercaron por detrás blandiendo escudos de madera, y de esta manera avanzaron, separándose de sus apoyos y penetraron al convento de Santa Inés.

En este momento de supremo peligro, el general Díaz guió a varios pelotones de sus hombres por una de las puertas que llevaba a la azotea de las piezas bajas en el jardín de San Agustín y con su intrépido liderazgo los pelotones avanzaron por la azotea, bajo los fuegos continuos desde los balcones de enfrente, llegando hasta la esquina de la calle. Tendidos, Díaz y sus hombres dirigieron un fuego intenso contra las fuerzas francesas. Los zuavos se paralizaron debido a la violencia de esta nueva resistencia y las columnas atacantes se echaron atrás y huyeron, dejando tras de sí como prisioneros a los 7 oficiales y 130 zuavos que habían entrado al convento de Santa Inés y así fue como quedaron aislados.

Al día siguiente, el general Ortega nombró a Díaz general de brigada del ejército permanente, en reconocimiento por su valor personal en la batalla de Santa Inés.

Los sufrimientos de los mexicanos sitiados eran cada día más terribles. El 29 de abril, el general Ortega mandó avisar a Comonfort que ya casi no tenía municiones y que debía romper el cerco o morir. El 5 de mayo, O'Horan tuvo un violento encuentro con los franceses, donde perdió a 21 prisioneros. Al anochecer los mexicanos habían hecho disparos para conmemorar la gran victoria obtenida sobre los franceses justamente un año antes. Las tropas sitiadas oyeron los disparos a lo lejos y, suponiendo que Comonfort avanzaba con el auxilio, el general Negrete salió con una división a la izquierda del cerro de Loreto, pero el fuego se detuvo y Negrete regresó a la plaza.

Una y otra vez los mexicanos trataron de atravesar las líneas francesas. Una y otra vez escucharon y observaron señales de ayuda de fuera. El general Ortega volvió a escribirle a Comonfort pidiendo ayuda en la retirada de Puebla que planeaba hacer el 14 de mayo.

Todos los días hubo batallas entre las fuerzas rivales. Lo trágico de la situación era indescriptible. El 12 de mayo, un gran número de mujeres y niños hambrientos, además de unos cuantos hombres, que llevaban banderas blancas en las manos, trataron de escapar de Puebla, pero fueron dispersados por el fuego de la artillería francesa y huyeron hacia la ciudad por cuyas calles corrieron pidiendo pan a gritos. El 14 de mayo los mexicanos sitiados hicieron una salida desesperada para conseguir comida. Los soldados pálidos, debilitados por el hambre y la falta de sueño, con frecuencia se desmayaban en la fila cuando avanzaban. Los días 15 y 16, los franceses siguieron cañoneando continuamente la ciudad. A las diez de la mañana del 16, todos los cañones mexicanos fueron desmontados.

La última gran escena del sitio se desarrolló cuando los mexicanos deshicieron sus cañones y municiones y cuando el enemigo entró a la ciudad, los soldados que habían vivido a base de trozos de carne de caballo y mula y que luchaban con escasísimas municiones contra el doble de soldados, rompieron sus rifles y espadas a la vista de los franceses, se quitaron el uniforme en las calles y cuando la caballería de Márquez entró a Puebla entre líneas de banderas blancas que ondeaban en las ventanas, los soldados mexicanos derrotados abuchearon abiertamente a los hombres del traidor.

Comonfort había tratado de liberar a Puebla, pero después de perder a unos mil prisioneros se vio forzado a retroceder con sus 2500 hombres restantes para proteger al presidente Juárez en la capital.

Después de que el hambriento ejército de Puebla se rindió, el general Forey ofreció que permitiría que los funcionarios mexicanos siguieran en libertad en la ciudad si daban su palabra de que no empuñarían las armas ni se inmiscuirían otra vez en el gobierno de México. Estos términos fueron rechazados con indignación; ninguno de los comandantes prisioneros iba a dar su palabra de abandonar la causa republicana.

Los oficiales mexicanos que se entregaron, salvo quienes escaparon, tuvieron que cruzar el Atlántico y los encarcelaron en diversas fortalezas francesas. Entre ellos estuvo el aguerrido general Manuel González Cosío, actual ministro de Guerra y Marina, quien era tan pobre cuando lo liberaron que estuvo a punto de alistarse como voluntario en el ejército de Estados Unidos, por el botín de guerra, cuando un compañero de prisión alivió su aflicción y le permitió regresar al servicio de México.

Como es habitual, el general Díaz no se conformó con una actitud de patriotismo pasivo. Su país no necesitaba tanto mártires sino combatientes. De inmediato tomó la decisión de escapar antes de que empezara la marcha de los prisioneros mexicanos a Veracruz al día siguiente.

En la noche del 21 de mayo de 1863, estando en la prisión provisional, me quité mi uniforme —escribe el presidente Díaz—. Fue cuando los amigos y familiares de los prisioneros entraban para despedirse de ellos. Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre la multitud. Bajé la escalera, embozado en un zarape cosa que no era notable porque hacía mucho frío, y para que el centinela no me marcara el alto y me hiciera pasar por un reconocimiento, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán, pero encontré que el comandante de la guardia que estaba allí en pie, era el capitán Galland, del tercero de zuaivos, que habiendo sido prisionero nuestro unos días antes, había hecho conmigo alguna amistad. Ya no le dirigí la palabra sino que simplemente lo saludé y salí para la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió a ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de la prisión, ya en Puebla, ya en el camino, y muy pocos salieron para Europa.

Una vez fuera de la cárcel, Díaz tuvo algunas dificultades, porque las calles estaban vigiladas por fuerzas de traidores. En esto encontró a

UNAM - IIH

un amigo que lo llevó a su casa. Allí estaba oculto el general Berriozábal, quien también se escapó de la prisión. A un oficial mexicano, que se había rendido a los franceses, el general Berriozábal le pagó para que lo sacara de la ciudad. Toda la noche los dos generales, agotados por las privaciones del sitio y torturados por la humillación de una rendición a los invasores, huyeron a los montes. En su ansiedad por evitar los caminos se perdieron y al amanecer del día siguiente se encontraron otra vez frente a Puebla, y de hecho oían las voces de los centinelas franceses. Se dirigieron de inmediato al pueblo de San Miguel Canoa y se presentaron como traidores mexicanos. Sabiendo que el cura párroco era amigo del tristemente famoso Almonte, lo convencieron de darles un guía que los llevara a Tlaxcala. Los perseguían, pero se las arreglaron para esquivar al enemigo y llegar a la ciudad de México.

Tal vez era más bien el destino de la república de México lo que dependía de la huida de los dos generales; si Díaz hubiera sido capturado por Forey y enviado a una fortaleza en Francia, como sucedió con otros oficiales mexicanos, es probable que el ejército de Napoleón hubiera aplastado a la nación mexicana y establecido un imperio europeo mucho antes que los Estados Unidos —en una agonía dramática por lo sangriento de Chancellorsville— estuvieran libres para intervenir.

Después de la rendición incondicional de Puebla, tanto el presidente Juárez como el Congreso, con los comandantes de las tropas mexicanas restantes, sabían que sería inútil intentar oponerse al avance del ejército francés. Hubo indicios de traición en muchas direcciones. Tomaron prisionero al ejército de Ortega. La república no tenía dinero ni crédito. Los incalificables mercachifles de las finanzas se aliaban con los franceses conquistadores. La Iglesia empleaba toda su fuerza y gastaba el dinero libremente para despertar el espíritu de rebelión. Era sólo cuestión de días para que la capital se rindiera a los invasores.

En ese día de profunda aflicción, el presidente Juárez pidió al general Díaz que decidiera quién debería ocupar la cartera de guerra en su gabinete y quién debería asumir el mando supremo del ejército, él o el general Berriozábal. El joven general incondicional aseguró a Juárez que él obedecería cualquier orden, pero sentía que su juventud

—apenas tenía 32 años, nueve meses— y su reciente rango de general de brigada en el ejército permanente, podrían hacer que a los oficiales más antiguos, que habían servido a la nación, no les hiciera gracia o desertaran si le confirieran honores más elevados. Ahora se trataba de salvar a la república. Por lo tanto, Díaz eligió tomar el mando de una división del ejército republicano y se fue a Ayotla, en los cerros del este, donde los invasores franceses debían pasar en su avance hacia la capital. Aquí esperó para atacar al ejército de Forey, tal vez en la noche. Se dice que Díaz estaba tan ansioso de luchar en ese momento como si nunca hubiera conocido de una derrota mexicana. Llevaba la cabeza en alto. Caminaba como triunfador. Sus ojos oscuros reflejaban entusiasmo. Su comportamiento inspiraba a sus soldados.

Pero antes de que el héroe pudiera dar una prueba más de su espíritu de combatiente, el presidente Juárez y el Congreso decidieron mudar a San Luis Potosí la sede del gobierno constitucional. El presidente avisó a su ejército situado en Ayotla que el gobierno estaba arriando la bandera en el palacio y se retiraría a San Luis Potosí. Díaz respondió a Juárez en un telegrama que decía: “Tal vez tengamos que esperar largo tiempo la victoria, quizás años, pero le prometo que volverá a izar nuestra bandera en el palacio. Porfirio Díaz”.

Queda por ver cuán gloriosamente cumplió la promesa hecha después de escapar de un lamentable escenario de la derrota mexicana.

Cuando Juárez y su gobierno retrocedieron hacia el norte, a Díaz le ordenaron volver a la capital con su división y de allí seguir la marcha del cuerpo del ejército mexicano al mando del general Juan José de la Garza. Se unió a este último en Toluca, al occidente de la capital. Ya que la ciudad de México estaba ocupada por los franceses, el ejército en Toluca no tenía recursos y estaba casi sin comida. De la Garza parecía aturdido por las dificultades de su situación, pero Díaz se puso a trabajar con vigor y recaudó algunos fondos. Luego marchó con su división

destrozadas. Hubo un motín en el comando de este general y llegó a Querétaro exhausto, quedando el camino regado con piezas de artillería y materiales de guerra abandonados. De allí, De la Garza pudo seguir

el viaje con sus tropas hasta reunirse con el gobierno republicano en San Luis Potosí.

Díaz permaneció en Querétaro hasta que el general Berriozábal, el nuevo ministro de guerra de Juárez, llegó de San Luis Potosí y dio a conocer que el joven general oaxaqueño era el general en jefe del cuerpo principal del ejército mexicano.